

Pataletas históricas

SERGIO Villalobos ha descendido de su sitial de profesor universitario y renovador de la Historia de Chile, se ha echado al suelo, y ha tenido una pataleta (QUE PASA N° 498).

Este tipo de arrebatos sorprende a algunos lectores, divierte a otros, y todavía, en un tercer grupo, produce esa compleja sensación conocida como "vergüenza ajena".

Contándome entre los lectores del tercer grupo, bien quisiera yo dar vuelta la hoja sobre la pataleta. Pero desgraciadamente no puedo: ella aporta a nuestra polémica un elemento de juicio capital. A saber: la desatada odiosidad de Villalobos contra Jaime Eyzaguirre.

Es imposible haber acumulado contra Eyzaguirre tantas nimiedades —pero nimiedades malevolentes— como las invocadas por Villalobos. Que Eyzaguirre cuando joven firmaba "Jaime Eyzaguirre y Gutiérrez" (QUE PASA N° 491). Que incluso firmaba "Jaime de Eyzaguirre y Gutiérrez" (N° 496). Que hizo un árbol genealógico de su hijo. Que lo condecoró Franco. Que era admirador de la dictadura de éste, y de la de Primo de Rivera. Que no escribió sobre sus antepasados judíos. Que redactó pero no publicó un "extenso artículo" sobre sus antecesores Gutiérrez (con esto Villalobos, asomándose a un mundo para él desconocido, quiere insinuar que los Gutiérrez eran menos "bien" que los Eyzaguirre. ¿Cómo se reirán las viejas señoras santiaquinas que verdaderamente saben de estas cosas!). Que su "método barroco", "hincha las frases, rebusca palabras altisonantes y acude a las emociones líricas sin tocar en el fondo del pasado", etc.

Particularmente angustioso es el relato que hace el propio Villalobos de una conversación suya con Eyzaguirre "en un pasillo de la Biblioteca Nacional" (QUE PASA N° 498). Reláelo el paciente lector. Allí verá a Jaime Eyzaguirre, con su corazón, como siempre, desbordante de afectuosa confianza, acercarse a Sergio Villalobos y hacerle una confidencia muy profunda, muy personal, abrirle su intimidad. ¿Y Villalobos? ¿Qué pensaba en ese momento? ¿Qué rastro dejaba en su corazón este gesto amistoso del gran maestro? Pues... sólo el sedimento agrio que él mismo narra allí con ingenuidad.

Ahora bien, animadversión tan implacable es además, aparentemente, inexplica-

ble. Que yo sepa, no hubo discordia entre los dos historiadores en vida de Eyzaguirre. Nada le reprochó entonces Villalobos. A Eyzaguirre le oí siempre hablar con respeto de su ahora amargo detractor, y aun alabar entusiastamente un libro suyo ("Comercio y Navegación en el Río de la Plata"). Por lo demás, Eyzaguirre murió hace doce años. Y si, a mayor abundamiento, Villalobos pretende descalificar su obra como sin importancia... ¿por qué esta aversión nimia, despiadada y personal?

La respuesta se halla en la tesis básica que he mantenido durante la polémica, tesis anunciada cuando Sergio Villalobos aún no intervenía en ella (QUE PASA N° 487). "Lo que sucede (dije) es que la aristocracia a la cual pertenecieron Edwards y Eyzaguirre, es absolutamente desconocida, primero, porque está tan muerta, ya, como los gliptodontes, y segundo, porque jamás ha sido estudiada con imparcialidad". "¿Por qué —me preguntaba a renglón seguido— la extinta aristocracia es tan poco conocida?". "Por el encono terrible que esa clase suscitó, con su desdén, en la clase media donde se reclutarían muchos y muy buenos historiadores". Este encono, agrego ahora, es en el fondo una sensación de inseguridad y desarraigo:

"Su temor a merecer el desdeñoso epíteto de 'siútico' con que le lapidaban desde arriba, le hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí mismo", escribió Jaime Eyzaguirre, refiriéndose al hombre de clase media de su generación.

Me he acordado mucho de esta inseguridad mediocrática, cuando Sergio Villalobos expresa su temor de que, si se indagase "en la estirpe de los Villalobos... sus árboles genealógicos tendrían que ser podados drásticamente para lucir con dignidad" (QUE PASA N° 498). No es así. Todos —Villalobos, Viales, Eyzaguirres—, retrocediendo, vamos a dar donde mismo, a los mismos conquistadores, encomenderos, alcaides, burócratas y "doctores" coloniales, a las mismas mancebas indias y aun a las mismas esclavas negras de la Colonia. Por ello —decía en ese QUE PASA N° 487— "los historiadores futuros podrán mirar con fría objetividad a la aristocracia", liberados de falsos complejos de inferioridad o de superioridad. "Así empezaremos a conocerla". (Pero ¡concluí)

debemos resignarnos a que algunos de los antiguos (historiadores) continúen teniéndole antipatía a los gliptodontes".

¿Podía sospechar yo que, a tan breve plazo, Sergio Villalobos se encargaría de confirmar estas apreciaciones?

Inventario de una polémica

Como Villalobos insinúa deseos de retirarse de la polémica, me interesa hacer un recuento del estado en que —a mi juicio— ésta se halla:

1) En primer término, veamos lo que no está en juego.

No están en juego la **Historia del pueblo chileno**, tomo I, de Villalobos, ni los innegables méritos de éste como historiador, ni menos todavía su indiscutible superioridad, en cuanto profesional de una ciencia que domina, sobre el simple amante de la Historia que soy yo.

Tampoco están en juego las teorías e interpretaciones históricas de Villalobos, Alberto Edwards o Eyzaguirre, teorías e interpretaciones muy variadas y sujetas (como todas) a discusión y refutación.

2) Lo que **está** en juego es lo afirmado por Villalobos de que Edwards y Eyzaguirre, debido a ser aristócratas, tuvieron de la Historia de Chile una visión que constituyera una apología de la aristocracia.

No digo que Villalobos afirme precisamente eso en su **Historia**, pues no la he leído. Digo sí que lo ha afirmado en sus artículos de esta revista, y especialmente al solidarizar en forma irrestricta y liviana con el escrito de Lafourcade que abrió la polémica (QUE PASA N° 486).

Cometida esta primera ligereza, Sergio Villalobos ha ido retrocediendo y ya no queda casi nada de su tesis original. En efecto, no sostiene ya que Eyzaguirre ni Edwards hayan defendido ciegamente a la aristocracia colonial, ni a la aristocracia de la anarquía, ni a la liberal posterior a los años 60, ni a la parlamentaria... únicamente habrían sido apologistas de la aristocracia del período pelucon, o sea, de un lapso de treinta años en ciento cincuenta de vida independiente y en cuatrocientos de existencia nacional.

Respecto del resto de esos siglos, que no sea el período de treinta años pelucon, he comprobado con citas y Villalobos ha reconocido —sea explícitamente, sea callando— que Edwards y Eyzaguirre no fueron panegiristas de la clase dirigente, sino sus críticos (críticos objetivos, claro está; no detractores sistemáticos).

Cabría agregar que ni siquiera ahorraron censuras a la aristocracia de esos tres decenios pelucones. Me remito a la cita muy terminante que de Eyzaguirre hice sobre este punto (QUE PASA N° 487), sobre la cual guarda Sergio Villalobos mortal silencio. Podría añadir otras, y también de Edwards.

Pataletas históricas [artículo] Gonzalo Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial Correa, Gonzalo, 1930-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pataletas históricas [artículo] Gonzalo Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile